

COLECCIÓN HISPANIOLA, 43

DE MIS SOMBRAS, HIJO

© De los textos, Rafael Maldonado

© Confluencias, 2023

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión editorial: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en España

ISBN: 978-84-127002-6-8

Depósito legal: AL. 2642-2023

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

RAFAEL
MALDONADO

DE MIS SOMBRAS, HIJO

Diario de cabotaje

(2016 - 2017)



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

*Para mis hijos, Rodrigo y Pelayo.
Y para mi padre, otro niño en el jardín de sus abuelos,
que la trama empieza.*

Todo me parece como si acabara de despertar de un sueño y tuviera que enfrentarme ahora, no sé por qué, con la bata blanca que llevo. Todo me resulta incomprensible.

THOMAS BERNHARD. Helada

Voy a librarme de esta tabarra por un tiempo, de este infierno patético, de mi monótono oficio de repartidor de píldoras.

ANTÓNIO LOBO ANTUNES. Conocimiento del infier-
no

Por cierto que no hay necesidad de separar «memoria» de «diario» ni de «diario filosófico». Puedo contarte, lector, mi vida pasada y hablarte también de mi visión del mundo mientras voy divagando.

IRIS MURDOCH. El mar, el mar

Si le quieres leer, léele, y si no, déjale, que no hay pena para quien no leyere. Si le empezares a leer y te enfadare, en tu mano está con que tenga fin donde te fuera enfadoso.

QUEVEDO.

El alguacil endemoniado

Hablar mucho de uno mismo es también una manera de ocultarse.

NIETZSCHE

Hay demasiados días, hijo, en los que estoy convencido de que los enfermos a los que atiendo no son de verdad, que son actores confabulados para ir enseñándome, poco a poco, una mejor tolerancia al dolor, a la desesperación y a la angustia. Cuando me quito la bata para subir a almorzar algo y ponerme a escribir o cuando me voy a casa al caer la noche siempre me digo que no puede ser verdad que los cuerpos humanos sean tan frágiles, que vayan disminuyendo de tamaño con combados de avestruz en busca del suelo del camposanto, que se arruguen y mueran como cochinitas en medio del barro sucio de la vida. Me da por pensar que los niños con enfermedades son enanos maquillados con coloretos entrenados para despertarme de la abulia con el contraste del pavor, que las viejecitas son actrices ya mayores retiradas de las tablas que fingen engullir, en una última actuación magistral, los cientos de grajeas de colores que les dispenso con la seriedad pontificia de un alquimista, y que los adultos enfermos crónicos no son más que extras de una película incomprensible, que escuchan mis recomendaciones

sanitarias con la compasión que se le tiene a un débil mental al que todo el mundo sigue la corriente por rutina y por piedad.

Por la calle que baja hacia el mar, esa calle fea y siniestra llena de dipsómanos y bares sórdidos y que está llena de orines de perro y humanos y de la que tanto hablo en estos diarios y te hablo a ti, también pasan cosas bellas y desconcertantes. La primera vez que los vi, hace unos meses, pensé que me había equivocado, que no tenía mucho sentido lo supuesto. Esta mañana los volví a ver, paseando por otra zona, pero el primer día que di con ellos, en los estertores del verano, él esperaba bajo el edificio impaciente, mirando el móvil, moviendo las piernas atolondradamente, sentado en un escalón grande de la casa de enfrente. Al poco ella salió con prisas y le dio un beso en la boca, sin dejarle tiempo para levantarse siquiera, a punto de chocar contra mí. Bajaron juntos conmigo hacia el mar, yo me adentré en la playa y me di un baño —eran las ocho y media de la tarde— y ellos se fueron hacia el este, perdiéndose entre los turistas septembrinos. Esta mañana de nubes amenazantes ella lo miraba con algo de sonrojo con sus ojos azules, emocionada, con una sonrisa de oreja a oreja, sujeta a su paraguas rosa. Él se hacía el interesante, con el aplomo y el gesto del que sabe que tiene una novia enamorada que lo quiere. No puedo adivinarles la edad, ambos la tienen difusa, indeterminada, se podría decir que no la tienen. Ella tiene síndrome de

Down, y él es disminuido psíquico, tuerto de un ojo, torpe al andar, con molestos tics y sacudidas de cabeza que profiere mientras habla muy agudamente, casi con alaridos de sordo. Pensé muchas cosas cuando tuve la certidumbre de su relación: cómo se habrían conocido, cómo se dijeron –aun tácitamente– que se gustaban, de qué forma lo entendieron sus familias, cómo se aman en la intimidad, qué futuro les espera. No me gusta esa calle, hijo, pero es una calle que al menos me sirve de metáfora y de consuelo. Igual que en la vida, en esa calle donde las tinieblas todo lo invaden, brota a veces la luz; a través de esa calle espantosa, llego al mar cada día. No quiero que te olvide esta certeza: hasta en el más pestilente de los muladares de estiércol puede nacer una flor.

Larga guardia en el pueblo. Salgo de allí derrengado pero con la conciencia impecable, reluciente. He cumplido con mi deber y ahora puedo darme a la vida.

Salgo cada mañana tan temprano porque voy a caminar un buen rato por el paseo marítimo con el perro, y porque a esa hora veo amanecer en directo, sobre el mar, mientras hago algo parecido a la meditación y el deporte aeróbico, y no tengo palabras para explicarlo. Voy cada día porque me sienta bien el ejercicio y porque llevo mucho años intentando buscar palabras para escribir decentemente lo que para mí

supone esa emoción tan aparentemente básica. Algún día, supongo, las hallaré. De momento trabajo igual en eso que en los libros, donde –como dijo Lobo Antunes, al que soy tan afecto– es muy difícil convertir en lenguaje todo eso que estaba en nosotros antes de que pudiésemos siquiera hablar, es decir, las emociones y los sentimientos, que son una cosa un poco más elaborada de la emoción pura. No tiene precio lo que veo, hijo, esa aparición en el vasto horizonte marino de un incendio naranja poco a poco curvo y nimbado, esa falsa y engañosa ascensión hacia el cielo de un astro esferoidal cada día de una forma y un color, ese silencio absoluto del nacimiento solemne no de una vida, sino de todas las vidas; la atmosfera de revelación, de inminente milagro, que a todos los paseantes hipnotiza y hace girar la cabeza en busca del panteísmo más básico y asombroso. Si lo que yo veo a diario se viese sólo una vez cada década, como un cometa o un eclipse, nadie se lo perdería, nadie: madrugarían los perezosos y los millonarias pagarían fortunas por contemplarlo en primera fila.

Tiene la mirada azul y tímida, el pelo recio hasta casi las cejas y una barba cerrada y agreste como de soldado veterano de Flandes que remata la osamenta desgarrada de un cuerpo de sarmientos, giboso de puro alto. Es español y no debe de tener más de cincuenta años, y desde hace ya unos meses hace sin parar pulseiras de algodón sentado en el suelo de la acera, frente a

la parada de bus urbano. He pasado todos estos días dos veces por donde, encorvado cual monje tibetano, parece rezar o hablar consigo mismo mientras teje sin parar estas pulseras bicolor, y hasta hoy, que he visto entre el muestrario una con los colores rojo y verde de mi querido Portugal, no le he preguntado a cuánto las vendía. La voluntad, me ha dicho.

—¿Y eso cuánto es?

—Ah, eso depende de usted, unas veces me dan más y otras me dan menos, dijo sonriendo por entre las mellas de una boca de mendigo del Barroco, y en cuyos labios tenía pegada una colilla de cigarro hecho a mano al estilo Lucky Luke.

—¿Va bien dos euros?, pregunté sacando lo que tenía del bolsillito de las monedas.

—Claro que sí, ya lo creo.

La pulsera, aunque es bonita, me importa bien poco, a mí me importa su historia. Le habría dado lo que tenía en la billetera para que me contase su vida entera, por qué teje sin parar cual Penélope del Mediterráneo, y por qué, a pesar de todas las calamidades de su vida y del mundo, sigue sonriendo.

Hace muy poco, hijo, me encontré en una panadería a un viejo profesor del instituto. Me felicitó por la publicación del último libro y, paradójicamente,

recordó una anécdota de mis años preadolescentes: cuando llegaste al colegio en quinto de egb, aseguró, dijiste en una encuesta que de mayor querías ser escritor o músico. Huelga decir que yo no recordaba nada de eso, pero parece claro que no entraba desde muy joven en mis planes la previsible y aburrida existencia acomodada y burguesa, sino el romanticismo y la bohemia de la escritura o los cuartetos de cuerda. Me gustaba leer, me encantaban las chicas, adoraba a los amigos más casquivanos, vivía en mi propia imaginación y me proyectaba en las primeras novelitas y en las letras de las canciones que siempre tenía en el discman de inmensos cascos de operario de la Nasa.

Una vida acomodada de médico o de farmacéutico, porque aunque nunca me obligasen a ello, sin darme cuenta a mi cuerpo recién bautizado por bombas de racimo de las hormonas se le fueron poniendo las hechuras exactas para lucir una bata, y merced a un arcano tropismo familiar acabé matriculado en una facultad inmensa con aspecto de hospital soviético o de sede de la Lubianka, llena de niños pijos y empollones, chicas con mechas, abrigo Barbour, zapatos náuticos y una máscara funeraria romana de maquillaje, docentes espectrales cetrinos con corbata y profesoras con aspecto y gafas desfasadas de monjas benedictinas que iban del aula al departamento y a los laboratorios por pasillos inmensos con la levedad mortuoria de las novelas de terror de Henry James, donde siendo todavía un niño salí vestido de blanco como aquellos profesores fantasmales, muchos de los cuales habían dado clases a mi padre.

¿Por qué acabé siendo un repelente niño disfrazado de internista si yo lo que quería es ser escritor y/o vivir en los escenarios? Como Rimbaud, lo hice por delicadeza, pero no perdí la vida, siempre me he alegrado de tener una profesión sólida y científica. Me hice farmacéutico, sobre todo, por amor a mi padre, pero estuve a punto de ser médico por amor a un abuelo que no conocí, un afecto impotente del que brotó mi primera novela. Durante todo el romanticismo no domesticado de mi vida —aún no había leído el *Tonio Kröger* de Thomas Mann— me sentí observado por los retratos de los médicos y farmacéuticos de la familia, difuntos ilustres con leontina, pajarita y bigotes engomados que vivían encerrados en los portarretratos de mi casa y la de mis abuelas y tías, distinguidos sanitarios que me amenazaban cuando nadie los veía con sus órbitas proustianas de ojeras ennegrecidas por el yodo amarillento del tiempo.

Mi padre, los muertos desde su cárcel de lujo de los marcos de plata y mis abuelas —una desde su silla de obesa mórbida de la ternura y otra desde la belleza decadente de un orden desaparecido— me llevaron en volandas hacia un destino insospechado: un pueblo del sur donde el niño abandonó la crisálida robustísima de la infancia entre algodones y se convirtió en un aprendiz de adulto muchas veces derrotado por el desaliento de la realidad y la pura angustia, por el dolor del mundo, por la cercanía insoportable de la muerte. Un ensayo de adulto enamorado y conquistador que acabó siendo salvado por el amor verdadero, del que

has brotado tú a la manera de fruto sobreabundante de un Edén inmerecido, un farmacéutico que a veces hace de psiquiatra y de enfermero y que lee compulsivamente, un amasijo de melancolía que no sabe de dónde saca la fuerza para querer a los que quiere y para escribir todo lo que escribe, un alma deformada por la mitad como la del doctor Jekyll y Mr. Hyde, un perfecto burgués por fuera y un escritor del romanticismo por dentro.

Estoy en una librería de Málaga y no sé, pero hay desde siempre una gran cursilería ñoña relativa a las librerías que no sé de dónde sale, sobre todo en un país donde, a lo sumo, habrá tres o cinco mil buenos lectores, diez mil como mucho. Los libros acumulados, las bibliotecas y estanterías repletas de lomos de colores, son siempre bonitas, como lo son también las colecciones de los bibliófilos, y muchos de estos coleccionistas no leen nada, luego no tiene nada que ver lo uno con lo otro: puede haber belleza y hechizo donde no hay buena lectura, que es de lo que estamos hablando. Y no digo que no haya libreros que sepan lo que venden y que en vez de farfolla de aeropuerto y novelas de niñas adolescentes por todas partes tengan un catálogo serio y elevado, pero la mayoría de los empleados de las que yo visito son perfectamente intercambiables con los de Mercadona. Apenas les suenan los nombres de autores por los que les preguntas, y lo fían todo a un ordenador donde,

tras deletrearles, como mucho te dicen si lo tienen o cuánto tardarían en traerlo, y en cuyo parlamento sólo entendemos «¿Editorial?» «¿Es novedad?». No te engañe: a un gran lector se le conoce a la legua, y yo no he tenido la suerte de tu abuelo y tus tíos abuelos, no he visto nunca a un gran lector detrás del mostrador de una librería, uno de esos de las películas de entreguerras que leen profusamente en una trastienda polvorienta y que incluso se molestan si entra alguien y les estropea la lectura. Hoy día todo se parece demasiado, y poca diferencia ya una librería de una tienda de ultramarinos o una de teléfonos móviles, donde la mayoría de los productos son de consumo rápido, oferta y promoción, y donde apenas se trabajan las viejas marcas de calidad y prestigio. Un escritor de Navarra afincado en Madrid, S.O, dice que no compra en ninguna librería que no tenga sus libros, porque, argumenta, Amazon sí que los tiene. Llevo todo el día dándole vueltas a esto, hijo.

¿Quién era yo antes de que nacieses? Ni lo recuerdo ni me importa, ésa es la verdad. De vez en cuando tengo la impresión de que todo lo acontecido hasta que te cogí en brazos por primera vez no ha sido exactamente la vida, sino un entrenamiento, un boceto, una existencia hecha a vuela pluma por un dios guasón y perezoso, una representación teatral donde, de repente, tras años de simple mozo de fiel tramoya entre bastidores, me diesen el papel protagonista de la obra.

Casi todos los días laborales, a eso de las tres menos cuarto, tras picar algo leyendo el periódico, salgo a dar un paseo de veinte minutos. El pueblo no es muy grande y sólo tengo dos opciones: ir hacia el campo, hacia Valdeperales, o hacia el casco viejo, hacia el parque de San Agustín. Es una suerte de camino de Swan o de camino de Guermares pero en lo prosaico de un pueblo del sur, el pueblo de mis muertos y antepasados, que yo recorro con la secreta ilusión de encontrarme con ellos entre las huertas y fincas que les pertenecieron y entre las calles pretéritas por donde deambularon. Veo mi vida, más que como un camino hacia la muerte, como un camino hacia los muertos, hacia los que ya no están, cuyo recuerdo yo avivo como se avivan las brasas de una candela ya sin fuerza, exánime. Nadie parece acordarse de ellos, y a veces parezco un sereno con atuendo de San Pedro que lleva en el bolsillo de la memoria las llaves del otro mundo.

Dentro de unos años, cuando se te despierte la conciencia y aprendas a interpretar un poco el mundo, verás que tu padre es una persona un poco anacrónica de cerca de cuarenta años. Tendrás una tableta, verás ordenadores por doquier, móviles inteligentísimos, y te sorprenderá que yo siga escribiendo mis libros primero a mano, que lleve una pluma en el bolsillo de la camisa y que muy cerca, además de un libro, siempre lleve dos libretas: una en la que escribo estos diarios

y otra, más pequeña, en la que anoto lo que no quiero que se me olvide y luego pueda contarte, ya sea aquí o en el diálogo que tú y yo vamos a tener toda la vida. Hay enfermos psiquiátricos que tienen que estar siempre haciendo cosas con las manos, cualquier tipo de tarea, para que no les brote la ansiedad o el delirio, y aunque yo no estoy enfermo, si no escribo no me encuentro bien, no, hacerlo me produce la calma que, con el orgasmo, le llega al sátiro, o la que le llega al toxicómano con la heroína que se inyecta en las venas. Ver cómo van dibujándose las palabras con el movimiento de mi mano es para mí eso, una mezcla de clímax sexual y *crush* de los opiáceos, que decían mis profesores de toxicología médica.

Te cuento esto porque no sé si con la página web, en la que tengo una sección para este *Diario de cabotaje*, iré dejando un poco de escribir a mano. Ya te adelanto que no.

Leo mucho, sí, leo cada vez más. Tengo cerca lo que dijo Borges: por cada página que escribo he leído cien. Yo creo que se quedó corto, y mi relación es una a mil.

Cuando uno se pasa la vida leyendo y viendo cine, recuerda muchas situaciones que son comunes a la totalidad de las sociedades humanas. Casi nunca me había ocurrido a mí, sin embargo, una muy habitual:

quedar con una persona y que ésta no acuda a dicha cita porque hay algo inaplazable que se le ha interpuesto en el camino. El pasado día veintinueve Antonio Espinosa Úbeda –para mí siempre don Antonio– me había agregado como *amigo* a una conocida red social. Iniciamos una breve charla y la cerramos conminándonos a no demorar más una cita que ya habíamos previsto hace tiempo, cuando supimos uno del otro nuestras ínfulas literarias. Vivíamos en la misma ciudad, Fuengirola, él jubilado y volcado en la poesía; yo, recién estrenada paternidad y con un trabajo absorbente, con el tiempo justo para escribir un libro cada año y medio. Teníamos que conversar con cervezas de por medio, cuanto antes, los dos estábamos de acuerdo. La muerte, quién lo iba a decir, fue más rápida que nosotros en acudir a una cita que yo no sabía –como no lo sabe nadie en el fondo– que tenía uno de los dos. Murió unas horas después de hablar conmigo. Antonio Espinosa, don Antonio, había sido mi profesor en la facultad de Farmacia de la universidad de Granada. Era el catedrático de Química Farmacéutica, y lo recuerdo allí, en esos años, como un hombre bondadoso y apuesto, como un ameno y entusiasta profesor. Un hombre de aspecto serio que se diferenciaba de los demás profesores por su poderoso vozarrón y porque no llevaba bata blanca, sino una elegante americana de espiga o de tweed. Me hacía ilusión que treinta años antes le hubiese dado clases a mi padre, y creo que alguna vez se lo dije. Conocido por sus investigaciones en fármacos contra el cáncer, su relación con los colegios mayores

y la vida universitaria en su totalidad, me enteré tarde –demasiado tarde– de que se había venido a vivir a Fuengirola al poco de jubilarse. Lo había sabido por su hijo, al que me une una sincera amistad desde los tiempos en los que fui vocal del colegio de farmacéuticos de Málaga; un tipo entrañable y vitalista, un digno hijo de su padre. Don Antonio se había volcado en la poesía –con notables publicaciones hasta el final– en sus últimos años, aunque estoy seguro de que llevaba dedicado a los versos toda la vida, y que intercalaba los ratos muertos de su laboratorio y sus clases con poemas que se habrán perdido para siempre. La literatura (su pasión y la mía) era la excusa para vernos, eso decía su hijo: quiero que os veáis y charléis, tenéis mucho que contaros. Yo decía que sí, feliz por saber de su espíritu humanista, y alargaba ese momento por temor a importunarle, también por ser un egoísta y un codicioso de mi tiempo libre. Nunca lo llamé, pero unas horas antes de morir me escribió él, motivado y feliz con el nuevo año que se avecinaba en lo personal y en lo lírico, y quedamos en vernos pasados las fiestas, sin falta. No quiero saber por qué se ha ido de esa forma tan repentina, tan extraña, hijo. Prefiero imaginar que nuestra cita se mantiene, sin fecha, para siempre. Y que tal vez mis recuerdos –y la amistad de su hijo Miguel– sean suficientes para tomarnos esa cerveza, porque estoy convencido de que don Antonio ahora es cualquier hombre mayor y elegante que pasee su media sonrisa de galán maduro con un libro entre las manos.